

“Un debate historial”

p. 137-152

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Porque soy impotente hasta para encender la fe en un niño.

FRANCISCO BULNES

¡La fe y el culto! La fe por la fe misma no salva, es preciso que la fe ilumine y el culto no degrade.

CARLOS PEREYRA

Pedagogía excelsa, educación de rey, de un gran rey, de un rey de sí mismo, de un hombre.

JUSTO SIERRA





UN DEBATE HISTORIAL

De la fecha en que Manuel Rivera Cambas terminó de publicar su *Historia de la intervención y del Imperio de Maximiliano*, pasó casi una década sin que se escribiese una sola obra importante sobre estos asuntos.

En 1904 al publicar Bulnes su libro *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, dio el toque de atención para dar comienzo a una reñidísima contienda. Antes de hablar de este libro se impone la necesidad de formular un juicio general sobre la importancia intelectual del insigne positivista.¹ Don Federico Gamboa hablando de las cualidades que singularizaron a Bulnes como escritor se expresó así.

Su pluma es escalpelo inteligente y sin entrañas que no descansa hasta encontrar la úlcera y extirparla... Es hacha justiciera y vengadora que sin misericordia decapita y derriba falsos ídolos... Su pensamiento y su raciocinio tienen claridad meridiana y precisión de péndulo.²

Es verdad que Gamboa no exageró los méritos del discípulo de Hipólito Taine, pero desgraciadamente, Bulnes no aplicó siempre sus grandes dotes de crítico al servicio de sus interpretaciones. Nunca quiso someterse a la severa disciplina que se reclama para ser un historiador o un crítico de la historia. Fue sin pensarlo el verdugo de su propio intelecto. ¡Pocos casos tan conmovedores como el de Bulnes! ¡Poseer un talento tan claro, una cultura tan vasta, un poder dialéctico como el suyo, una amenidad constante, y no aprovechar estos dones para lograr resultados que hubieran correspondido a tan brillantes cualidades! ¿Qué quería exactamente cuando escribía sus libros de historia? ¿Hasta qué grado la sinceridad inspiró sus doctrinas? Tales interrogaciones me las he propuesto muchas veces y las respuestas que encuentro no me son enteramente satisfactorias.

En *El verdadero Juárez*, le fue fácil a Bulnes imponer respon-

¹ Los juicios que se hacen sobre Francisco Bulnes ya habían sido publicados en el prólogo que preparé para una selección de su obra que se publicó con el título de *Páginas escogidas*, número 89 de la Colección del Estudiante Universitario. México, Universidad Nacional, 1969. Para mejor profundizar sobre el referido polemista el lector puede consultar este trabajo.

² Federico Gamboa. *Introducción a la obra de Francisco Bulnes, Los grandes problemas de México*. México, Edic. de El Universal, 1926, pp. xiii-xiv.

sabilidades, ejercer funciones de consejero retrospectivo, decir lo que debió hacerse y lo que no debió hacerse. Alternó los momentos del crítico vigoroso con aquéllos en que sólo hizo brillante juego de palabras.

Bulnes decía que una verdad matemática se aprendía en un minuto, mientras que una verdad sociológica en cincuenta años o se moría rechazándola. ¡Cuántas verdades captó el autor de *El verdadero Juárez* con intuición pasmosa, pero también cuántas verdades se negó a aceptar con una obcecación apenas creíble! Estudió con profunda penetración el estado de alma de un pueblo sin cohesión, sin conciencia patriótica fuera de sus grupos selectos. Y quien con tanta penetración juzgó la condición social de una época, censuraba al presidente Juárez el haber recurrido no pocas veces a la leva para integrar el ejército republicano y haber exigido por medio de la violencia, contribuciones para el sostenimiento de la campaña contra la intervención francesa.

Declaró Bulnes que el tratado Mc Lane-Ocampo en la forma en que había sido redactado, contenía atentados a la soberanía y a la independencia de México, mucho más graves que los que se habían otorgado en virtud del tratado de Miramar. Sin embargo, si más tarde llevó a cabo un análisis implacable del tratado Mc Lane-Ocampo y buscó todos los medios legítimos e ilegítimos para censurar a Juárez, en cambio jamás efectuó un riguroso ni siquiera superficial análisis del tratado de Miramar.

Tuvo el autor de *El verdadero Juárez*, como la mayoría de los liberales de su tiempo, el menosprecio hacia Maximiliano. Del archiduque describió magistralmente su corrupción, sus incoherencias, su debilidad de conducta. Pero incurrió en el mismo error de muchos de sus contemporáneos que no pudiendo prescindir de cierto odio les fue imposible comprender la compleja personalidad de Maximiliano.

Bulnes escribió 25 años después de que Masseras publicara su admirable libro *Un essai d'Empire au Mexique*, pero no logró la ponderación crítica del periodista francés, aquel equilibrio con que éste supo hablar de las cualidades del personaje principal del drama de Querétaro. Yo creo que el ensayo psicológico de Masseras sobre Maximiliano no ha sido superado por ningún escritor mexicano ni extranjero. El mismo Justo Sierra que tan penetrante se suele mostrar no pudo nunca igualarlo.

Sería sin embargo injusto señalar de Bulnes sólo su parte negativa en la obra que venimos examinando. Es indudable que su crítica iluminó ciertos rincones de la historia del Segundo Imperio con gran acierto. Su análisis de la supuesta traición de Márquez contiene puntos que resisten los ataques de la más severa crítica.

Ante muchas apreciaciones militares que Loizillon, D'Héricault y Niox hicieron para juzgar el comportamiento de los mexicanos frente a las fuerzas extranjeras, Bulnes reaccionó vigorosamente. Apoyado en una sólida documentación y con inflexible lógica destruyó muchos de sus argumentos.

La intelectualidad del porfirismo no fue insensible a la aparición del nuevo libro de Bulnes. La vieja guardia del liberalismo no fue inmune a las pasiones. Hilarión Frías y Soto en su libro *Juárez glorificado y la intervención y el imperio ante la verdad histórica*, en el estilo tumultuoso y retórico en que solía expresarse, contestó con violentos ataques a los juicios de Bulnes. Reposados en su crítica fueron Ramón Prida, Fernando Iglesias Calderón, Genaro García y Victoriano Salado Álvarez.

¿Por qué quien había hecho alusiones fervorosas en honor de Juárez y fuera uno de los creadores del culto cívico a la memoria del gran presidente, se convirtió después en el más implacable de sus enemigos? Se ha dicho que su actitud se explica porque trataba de exaltar a Díaz denigrando a Juárez. No falta quien suponga que fue venal recibiendo dinero de los enemigos de Juárez para escribir un libro iconoclasta. Creo que todos estos juicios son juegos de palabras. En realidad Bulnes no fue sensible ni a los halagos del dinero ni a los del poder. Pero en cambio sintió una pasión irresistible en destruir ídolos, manchar reputaciones y contrariar el sentimiento de las masas.

Carlos Pereyra interviene también en la polémica. Con el poder analítico en él característico, señala que “la vida de Juárez no había sido rehabilitada y pertenece aún a la pasión de los contemporáneos” . . . “Detractores y panegiristas hablan del héroe como los sectarios de 1861.” Además “Juárez por su grandeza merece investigaciones que hagan indemne su memoria a los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación tome formas de adoración mística”.³ Fiel a esta convicción analizó Pereyra *El verdadero Juárez*. Pero si

³ Carlos Pereyra. *Juárez discutido como dictador y estadista*. Tipografía Económica, México, 1904, p. 2.



en el libro *De Barradas a Baudin* pudo perseguir a su adversario por todos los vericuetos de su obra, en *Juárez discutido como dictador y estadista*, sólo destruyó algunas de las ideas de Bulnes. Mas el análisis que hizo Pereyra de la crisis ministerial de 1861, del origen de la intervención y de las causas que habían determinado el fracaso del Segundo Imperio Mexicano, significó una gran victoria para la alta crítica.

Habiendo sido combatido Bulnes en artículos, folletos y libros, ofreció contestar a todos ellos dando a la imprenta una nueva obra. Fiel en parte a su promesa, en 1905 publicó *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*, libro sin duda alguna mucho más demoledor, más implacable en sus juicios y más antijuarista que el primero. Aconteció con esta obra lo que menos pudiera haberse esperado. Motivó menos odios de parte de los adversarios de Bulnes, muy poco se le tomó en cuenta. Los mismos hombres de criterio conservador que celebraron la aparición de *El verdadero Juárez* porque daba satisfacción a sus rencores hacia el presidente reformista, miraron con poco entusiasmo o con frialdad la publicación del nuevo libro. Es curioso que aún hoy motive más la atención de los lectores *El verdadero Juárez*, que *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*.

Todos los esfuerzos de Bulnes en el segundo libro se encauzaron en el sentido de tratar de demostrar que el presidente Juárez, lejos de ser la figura más eminente entre los reformistas, había contribuido con su inercia y su falta de fe a neutralizar o retardar la Reforma. Una parte de sus afirmaciones mereció sin embargo, los aplausos de la crítica seria. Se habían exagerado las virtudes de Juárez. Se habían desconocido los méritos de muchos de los grandes caudillos de la Revolución de Reforma. Varias de las censuras que hace a los biógrafos de Juárez como Gustavo Baz y Anastasio Zerecero, están apoyadas en una lógica incontrovertible. En las páginas que dedicó a Santos Degollado para oponerlo a Juárez había tal devoción patriótica, tal espíritu de justicia y tal dosis de razón en muchas de sus apreciaciones que, cuando don Justo Sierra escribió *Juárez, su obra y su tiempo*, no pudo menos que reconocer que su generación había pecado de injusticia y de olvido al juzgar a la figura más abnegada de la Revolución de Reforma.⁴

⁴ Justo Sierra y Carlos Pereyra. *Juárez, su obra y su tiempo*. México, Ballezá. 1905-1906, p. 494.

Frecuentemente se ha sostenido que Justo Sierra se propuso con su libro *Juárez, su obra y su tiempo* refutar a Bulnes. Un trabajo de tan vastas proporciones no se hace con el único objeto de censurar a un hombre, no se improvisa una obra de tal magnitud con la sola finalidad de hacer frente a un polemista. En su larga vida de maestro y de escritor, don Justo había llegado a comprender y a estimar a Juárez como a una de las más altas figuras de la historia mexicana. Al acercarse la fecha de la celebración del nacimiento de Juárez seguramente tenía algunos de los materiales de su futura obra. Entonces tuvo lugar la publicación de los libros iconoclastas de Bulnes. No podía el ministro de Instrucción Pública ser insensible a las furiosas arremetidas que se hacían contra Juárez.

Había entre Justo Sierra y Bulnes notables discrepancias. Pero también afinidades. Los dos eran positivistas y admiradores de la cultura francesa. Ambos fueron sensibles a las seducciones de la retórica, que tan peligrosa suele ser para un historiador. Bulnes, sin embargo, no rebasó las fronteras de su educación positivista, en cambio Sierra, como lo ha dicho atinadamente Edmundo O’Gorman “fue él, el historiador el único de esa generación que supo salir del atolladero filosófico en que se encontraba”.⁵ Por eso al analizarse la figura de Bulnes en contraste con la de Sierra se destacan más las limitaciones del primero. Sobrevivió 12 años al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, pero no alcanzó a vislumbrar aquello que don Justo Sierra comprendió con intuición pasmosa antes de que tuviera lugar la caída del régimen porfirista. El gran viejo, en la plenitud de su intelecto se mantuvo hasta los últimos años de su vida atento a todas las inquietudes sociales y culturales de su tiempo. El ya citado Edmundo O’Gorman, que tan severo se muestra ante los representantes de la historiografía tradicional, da sin embargo, a Justo Sierra una importancia de primer orden.

Fue su fino instinto histórico, su fidelidad a la vocación por el estudio del pasado humano, lo que le permitió salir del círculo encantado del dogma positivista. . . Su permeabilidad a la historia fue su as de espadas para irse afirmando gradualmente en sus dudas, y gracias a ello pudo columbrar, aunque apenas columbrar, la posibilidad de esa filosofía que buscaba con tan desesperado ahínco y que ahora ocupa el frente de la brega filosófica. Con una

⁵ Edmundo O’Gorman. *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Universidad Veracruzana, Jalapa, Ver., México, 1960, p. 201.

clarividencia sólo dable a la convicción más pura, empezaba a comprender que el escepticismo que lo atormentaba y que tanto lo honra, no le venía del alma, sino de afuera, de las excesivas pretensiones de toda la filosofía tradicional el positivismo incluso, y que en el saber de historia, de algún modo que jamás llegó a percibir con nitidez, andaría implícita esa coordinación tan deseada por él, que fuera a un tiempo explicación y razón de ser de la unidad y pluralidad de los conocimientos... Un paso más y Sierra se habría encontrado con el historicismo; habría llegado solo, por su esclarecida mente, al corazón del pensamiento contemporáneo.⁶

Pero el temperamento de Bulnes era muy distinto al de Sierra. ¡Qué caras pagó Bulnes algunas de sus agudezas de ingenio! Aquellas páginas o aquellos juicios que muchas veces escribió con el solo propósito de contrariar la corriente de ideas generalmente aceptadas produjeron grandes desorientaciones. Sacrificar en ocasiones la verdad histórica a un capricho de humorista fue un juego dialéctico que no pudo quedarse impune. Sembraría inquietudes pero no crearía escuela, no formaría discípulos.

No quiso Bulnes ser un caudillo de las ideas, tampoco lo quiso ser de la política. Aparte de no poseer las cualidades que se reclaman para ser hombre de mando, nunca pudo sobreponerse a su escepticismo.

El rasgo que más distinguió a Sierra como intelectual fue su preocupación pedagógica. Al escribir *Juárez, su obra y su tiempo* tuvo la firme convicción de que la vida del gran presidente constituía para la juventud “una lección, una suprema lección de moral cívica”. Al comenzar a publicar este libro monumental en forma de cuadernos que se entregarían a medida que fueran redactándose, don Justo había tratado ya, con singular maestría, en otros libros y artículos periodísticos, temas de la Reforma y de la intervención. Por su educación y por su temperamento era un liberal y un republicano. Pero no dejó de reconocer la sinceridad de muchos conservadores honrados. En la parte relativa a la historia política en *México, su evolución social*, obra de la que fue colaborador y director artístico, al hablar de Tomás Mejía, se había expresado con suprema justicia.

⁶ Ob. cit., pp. 196, 199 y 201.

Maximiliano, después de haber escrito una noble carta a Juárez, fue ejecutado con sus compañeros Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas; cedió el puesto de honor para morir al siempre intrépido Miramón, y los tres rivalizaron en entereza. Quien moralmente descuella sobre los otros dos es el indígena; Tomás Mejía fue perennemente fiel a su idea, combatió y murió por una causa que identificaba con su inmovible fe religiosa y se creyó un soldado de Cristo cuando luchaba por la reacción y el imperio; para él no hubo nunca posibilidad de diversificar el catolicismo y la patria; era del temple de los cruzados y los mártires; pudo salvar su vida: no lo quiso sino con la condición de que sus compañeros se salvaran con él; cualquier mexicano, sea cual fuere su campo, debe saludar esa tumba con orgullo y con respeto.⁷

Y al hacer referencia a los demás caudillos que lucharon por la causa imperial, supo brindarles su generosa comprensión.

Los restos de la reacción militante, los excomulgados vitandos de la República se apretaron en derredor del emperador, que habían obligado a quedarse y que iban a arrastrar por las etapas siniestras de la derrota y de la muerte. Resueltos, valientes, sin ilusiones, buscaban, como los gladiadores del circo imperial, una actitud para sucumbir ante el mundo; casi todos ellos supieron luchar y muchos supieron morir. La justicia y la historia los han ejecutado; paz a sus sombras, respeto a la tierra en que yacen; es la tierra bendita de la Patria; su muerte los reconcilió con su madre; son mexicanos.⁸

Más tarde, en la parte de *Juárez, su obra y su tiempo* escrita por Sierra, si bien había aún resabios del jacobinismo de sus años mozos, también se percibía un afán de aproximarse, no a la imparcialidad, pero sí a una apreciación más equitativa de los hechos.

Revisando la historia política de México del siglo XIX, creyó que había tanta sinceridad en los caudillos liberales como entre los representantes del conservadurismo cuando lucharon por cimentar el principio de autoridad. Durante más de dos décadas de vida independiente, el país buscaba ansiosamente la fórmula que hiciera factible la desaparición de muchos de los males de que era víctima. “Cierto —dice don Justo Sierra—, la primera condición de buen éxito para tentativa semejante era encontrar un hom-

⁷ *México, su evolución social*. México, Ballezá. 1900-1901. Parte escrita por Justo Sierra, pp. 312-313, t. I.

⁸ Ob. cit., p. 310.

bre de gran ambición y gran honradez a un tiempo; de prestigio personal por su valor, por su energía, por su sensatez política: de patriotismo impoluto, de esos que llevados a un grado heroico se imponen al mismo tiempo al ejército y a las masas; genuinamente imparcial para poder ser árbitro entre los partidos; sinceramente convencido de la necesidad de la Reforma (económica-desamortización, social extinción de los fueros, libertad de conciencia, educación laica) para encaminar todos sus actos hacia ese fin, sin precipitar nada, sin retardar nada y aun valiéndose de los mismos próceres conservadores que, como se vio después, en la época de Maximiliano, eran suficientemente dúctiles para pasar por todo, con tal de tener una parte del poder y los honores. Pero ¿quién era ese hombre? Santa Anna era la personificación de la improbidad política; Gómez Farías, el secretario admirable para la lucha, inaceptable para la paz; el general Bravo tenía muchas de las grandes cualidades indicadas antes, pero era radicalmente hostil a la Reforma; sólo uno pudo ser el hombre típico que personificara, no la dictadura, porque no se trataba de una dictadura, sino toda la fuerza del principio de autoridad: el general Mier y Terán; mas se había suicidado sobre la tumba de Iturbide en un momento en que desesperó del porvenir de la patria. ¿Quién no hubiera desesperado entonces? ⁹

Angustiados los conservadores por no encontrar una solución a los problemas de México, pensaron en la intervención extranjera y en el establecimiento de un trono. Jamás dudó Justo Sierra de la honradez que inspiró a hombres como José María Gutiérrez de Estrada cuando defendieron con tanta vehemencia sus ideales monárquicos.

Para Bulnes, Juárez había sido responsable de no haber acertado a encontrar los medios de evitar la intervención. Sierra sin hacer referencia al autor de *El verdadero Juárez*, sino en muy contadas ocasiones, busca una explicación racional de los sucesos. Al iniciarse el año de 1861 en que la Reforma aspiraba a consolidar su victoria, se encontró la República con tal cantidad de problemas internos y externos como nunca los había tenido en su historia de pueblo independiente. Todo parecía conjurarse contra México. La hacienda en bancarrota; el comercio, la minería y la agricultura azotados por todas las plagas, apenas podían vivir. ¿Quién ha descrito con tanta precisión como Sierra la

⁹ Juárez, *su obra y su tiempo*, p. 299.

crisis política, social y económica del México de 1861? En aquella peligrosa crisis del 61, el gobierno de Juárez salía de un peligro para enfrentarse a uno nuevo, conjuraba una tormenta para desencadenar otra. ¿Era culpable el presidente de la República de aquella situación anárquica? No fue Bulnes, sin duda alguna, el primer liberal que habló de la ineptitud de Juárez. Algunos contemporáneos del primer magistrado acaudillados por Altamirano, censuraban la conducta de aquel caudillo de cuya honradez no dudaban, pero a quien consideraban no apto para enfrentarse a los graves problemas del momento. Juárez, cuyo carácter pudiera parecer insensible a los ataques de sus adversarios, no era indiferente a las terribles protestas que contra él se desencadenaban.

La verdad es que desde entonces comenzó probablemente a caer inadvertida en el seno de su organismo la gota lenta destinada a cavar la roca de una naturaleza que parecía destinada a ser secular. Y no que en medio de aquel horizonte negro, que se cerraba y se reducía en torno suyo, perdiese un solo instante la visión clara del triunfo, no, nunca; ésa fue su fuerza, porque era su fe. No, su congoja era otra: el concepto que luego se repitió tanto, de que él, su persona, era el obstáculo insuperable para la unión definitiva del partido liberal, para la sumisión de los disidentes reaccionarios, para impedir la intervención europea, lo hacía sufrir más, sin duda, que todas las amenazas del cielo y la tierra, que las excomuniones de la Iglesia y los cañones de Napoleón III.¹⁰

No negó Justo Sierra que la Reforma se había hecho contra el sentir general de la nación y que Juárez no hubiese sido en 1861 impopular entre las grandes masas.

¿Juárez no representaba entonces a la nación? Él, con su gobierno, contribuyó a formar el espíritu de la nación, unificándola en aquel conflicto. En efecto, la nación, dividida contra sí misma, suplió con fuerzas extranjeras las que le faltaban a la facción impotente. En ese sentido no era una guerra nacional aquélla: era una prolongación de la guerra civil. Nacional, después lo fue, cuando la historia recogió el residuo final, y en sus elementos encontró la razón profunda del éxito.¹¹

Es indudable que al aproximarse el momento de la intervención europea, no había un pueblo mexicano con la plena con-

¹⁰ Ob. cit., p. 274.

¹¹ *Ibid.*, p. 344.

vicción de su ser y de su nacionalidad. Justo Sierra ha juzgado con supremo acierto el estado de ánimo de la época.

La sociedad, miedosa, recelosa, tímida ante la guerra y los nuevos impuestos vejatorios en perspectiva, se encerraba, la católica, en el fondo de las iglesias en donde solapadamente el clérigo hablaba de las próximas venganzas y silabeaba sordamente el anatema contra Juárez y los puros... (Éste era un grupo), porque había otro, ajeno en absoluto a todo pensamiento político, que se contentaba con la iglesia abierta, el empleo pagado, el maíz barato, los alquileres bajos... Para este grupo católico anodino lo mismo era que fuese presidente Juárez que Zuloaga: ¡Allá ellos!; lo que quería, como se quiere un lejanísimo y casi irrealizable ideal, era la paz. Lo mismo aplaudió y con la misma sinceridad a Miramón vencedor en Ahualulco y San Joaquín, que a González Ortega en Silao y Calpulalpan y a Tapia vencedor de Pachuca... Y ¡cosa singular!, el país cansado de luchas y reducido a la miseria por la contienda fratricida, como se decía en todos los tonos del énfasis, fue sabiendo lentamente lo que pasaba y apenas se conmovió; apenas habría exageración en decir que no hizo caso, que se encogió de hombros: la gran masa rural, por indiferente a todo, por fatalismo ingénito, por seguridad de seguir siendo el chivo expiatorio que cargase con los pecados y las pedradas de unos y otros; la población urbana en ciertos centros, en los Estados, en la frontera del norte, en la costa, se agitaba un poco: solían estallar allí mítines, protestas, manifiestos, discursos, versos, pero el resto de la población urbana, o vacilaba todavía entre sus tradiciones religiosas y la inmensa aventura de transformación a que la convidaban los puros o, retraída y egoísta, se sentía con ganas de que las cosas fueran por donde Dios quisiera, según el vulgar decir.¹²

Ante la amenaza de una intervención armada, los hombres que entonces regían la República no podían declarar que el pueblo mexicano carecía aún de un concepto preciso y claro de nacionalidad. Esto no lo podían decir Juárez, ni Lerdo de Tejada, ni José María Iglesias. Tampoco podían decirlo Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Jesús González Ortega y los demás campeones de la futura resistencia contra la intervención francesa. El deber de aquellos hombres era exaltar el sentimiento patriótico donde éste existiera ya y crear en las multitudes la noción de patria al compás mismo de la lucha armada.

Había para fortuna de México una facción reformista “capaz

¹² *Ibid.*, pp. 280-331.

de morir como Leandro Valle, de pelear como Porfirio Díaz, de hablar como Altamirano, de pensar como Ramírez, de cantar como Prieto, de triunfar como Zaragoza, de escribir como Zarco, de entusiasmar como González Ortega, de creer como Juárez. Esta brillante flora del océano popular trataba de solidificarse, de formar masa con el pueblo cuyos derechos proclamaba y cuyo porvenir creaba, trataba de convertirse en un grupo nacional transformando el credo de la Reforma, como se decía en todas las tribunas de aquellos años tumultuosos, en la religión política de la patria".¹³

A medida que los cuadernos de *Juárez, su obra y su tiempo* iban poniéndose a disposición de los suscriptores, se enderezaban las censuras contra el método adoptado por Justo Sierra en la interpretación histórica. El maestro se apresuró a dar una explicación.

Antes de reanudar este relato, una advertencia a mis lectores. (Admiro la paciencia de cuantos me hayan seguido en este lentísimo libro.) Por el carácter de la obra y por mi carácter poco a propósito para minucias que, lo reconozco, son necesarias para fijar las verdades históricas, como fijan en sus cartones los alfileres de los entomologistas a los insectos pocos momentos antes tremulantes de vida, por todo ello, y por ignorancia, habrá que confesarlo aunque me pese, por grave ignorancia, no lleva esta obra aparejada su comprobación documentaria. Sin embargo, cuanto aquí estampo lo he visto vivir en los documentos, en las páginas de la historia y en mis recuerdos, y tal como lo he visto lo he trasladado al papel: narración de los hechos, investigación de las causas, señalamiento del derrotero de los efectos: todo ello se mueve y existe en mi espíritu, impresionado por lo que creo la verdad. Por eso aquí no hay citas ni notas, ni andamiada de erudición; nada hay. Lo que he querido es hacer ver lo que he visto, hacer entrever lo que he entrevisto, no poner delante de quienes lean los anteojos que para ello me han servido. Quizás con este sistema que fue el que me propuse seguir y seguiré en este libro al menos, descontente a muchos, y *de facto* he recibido ya severas advertencias, hijas, algunas, del deseo de criticar para acrisolar verdades y otras en que se ha empleado no poca biblioteca y una suma de fatuidad mayor que todas las bibliotecas del mundo, pero tan ingenua que desarma y empuja dulcemente a la sonrisa; pero ni así desistiré de mi plan; seguiré contando el cuento que me refiere

¹³ *Ibid.*, p. 280.

mi espíritu, escogiendo entre los detalles el significativo, el característico, el que subraya una época o da el valor justo a una totalización o marca bien el contorno de un personaje o el color de un episodio; de aquí puede pensarse o impensadamente, surgir cierta inexactitud en el pormenor adrede descuidado para ir en busca de una impresión del conjunto. De esto tengo la más francamente descarada voluntad de no corregirme.¹⁴

¿Era don Justo un historiador? Más que historiador fue un filósofo de la historia. Al estudiar el fenómeno de la intervención, no lo juzgó con las preocupaciones limitadas de un nacionalista, sino que lo analizó con perspectiva universal. Su estudio sobre la Guerra de Secesión y las condiciones políticas de Francia, Inglaterra y España revelan la profundidad de su erudición histórica.

Admiró Sierra el talento diplomático de Manuel Doblado, pero lo juzgó dentro del irreprochable dato histórico sin atribuirle las virtudes que le ha dado la leyenda. Cantó las hazañas épicas de Zaragoza y celebró la victoria del Cinco de Mayo, pero redujo los hechos a sus proporciones reales. Admiró la noble conducta de Prim y condenó sin odio a los responsables del rompimiento de los tratados de la Soledad.

Cuando don Justo Sierra debió haber continuado sus disertaciones hablando sobre la odisea de Juárez, de México a Paso del Norte y las vicisitudes del gobierno imperial, sus múltiples ocupaciones de ministro de Instrucción Pública le impidieron seguir escribiendo. Las últimas páginas del capítulo *La Disidencia Liberal*, y dos capítulos completos *Querétaro*, y *Richmond y Sadowa* fueron escritos por don Carlos Pereyra. Es de lamentarse que Justo Sierra no hubiese formalmente precisado su contribución exacta, en la obra que aparece exclusivamente amparada por su nombre como si él fuese el único autor.

Cuando examinamos la parte de *Juárez, su obra y su tiempo* escrita por Pereyra, percibimos que el autor juzgó los hechos con un criterio distinto al que guió a Sierra. Si en algunos momentos don Carlos, para tratar de dar coherencia a la obra intentó imitar hasta el estilo de don Justo, en la mayoría de sus páginas no pudo dejar de imprimirle su sello personal.

Hacia la época en que Pereyra prestó su colaboración para la continuación de *Juárez, su obra y su tiempo*, el entonces joven

¹⁴ *Ibid.*, pp. 295-296.

positivista distaba mucho de ser un personaje común. Su sólida cultura y amplio conocimiento de la historia, eran indiscutibles. Puso al servicio de sus investigaciones una laboriosa dedicación. Era sin duda alguna don Carlos Pereyra, un maestro consumado en el manejo de la lengua. Su gran poder de análisis y de síntesis, su ágil y brillante estilo literario, le daban ya un puesto de primer orden entre los más grandes escritores de América. ¡Lástima que sus terribles pasiones y sus grandes odios ensombrecieran la mayor parte de sus libros de historia! Su admiración a Juárez era entonces manifiesta y sincera. Pero su antipatía por Guillermo Prieto y la dureza con la que trató a ciertos republicanos como Jesús González Ortega y Matías Romero, contrastaron con el tono señorial que con ellos empleó Sierra, a lo largo de todos sus escritos.

Pereyra reveló conocer a fondo las vicisitudes de la Guerra de Secesión, dejó páginas maestras en las cuales campeó una crítica de altos quilates, pero no pudo ocultar en otras, la gran antipatía que sintió siempre hacia los Estados Unidos.

No sería una temeridad afirmar que tanto Sierra como Pereyra, apoyaron sus investigaciones en fuentes bibliográficas. No se incurre tampoco en exageraciones si se dice que la mayor parte de las obras de conjunto, escritas por mexicanos sobre el periodo que estamos examinando, descansan fundamentalmente en fuentes bibliográficas. Tuvo Pereyra, sin embargo, una feliz intuición, en la selección de obras que empleó al efectuar sus estudios sobre la intervención y el imperio.

En instantáneas certeras, como diría el mismo Pereyra, nos ha dejado el historiador una visión espléndida de las relaciones entre don Matías Romero y el ministro Seward. Sólo se lamenta uno que no haya sido más generoso y comprensivo con el ministro de México en Washington, a quien tanto deben la diplomacia y la historia de nuestro país.

Apoyado en fuentes tan sólidas como las *Revistas Históricas* de Iglesias, hace Pereyra una poderosa síntesis de las vicisitudes financieras del imperio. Pierde sin embargo la equidad, cuando cae en sus manos Maximiliano de Austria. La compleja psicología del archiduque, que pudo haberle dado material para un estilo interesantísimo lo exalta, lo indigna, lo saca de quicio. No desaprovecha cuanta oportunidad tiene para golpearlo sin misericordia. Sus apreciaciones contrastan notablemente con los



juicios que don Justo Sierra empleó cuando habló de Maximiliano en la parte política de *México, su evolución social*.

Terminado el capítulo de Querétaro con la caída de la ciudad de México, en poder del general Díaz, y con esto la parte escrita por Pereyra, Justo Sierra procedió a redactar los dos capítulos finales de la obra. Tuvo que recurrir a algunas páginas que había publicado en *México, su evolución social* y a un discurso pronunciado el 18 de julio de 1906 en honor de Juárez. Es esta pieza oratoria uno de los ejemplos clásicos del estilo literario de Sierra. Ya he dicho en otra ocasión que tal abuso retórico disminuyó algunas veces la robustez de sus juicios. Don Justo, como poeta, solía soltar su pluma en el océano del lirismo y no siempre su disciplina de sociólogo intervino a tiempo, para dar a sus escritos la seriedad científica que reclama la historia. Mas aquella forma de expresión tan propia de su temperamento, era una de las modas de la época.